**¿Estamos dando fruto? **

***San Mateo 13,1-9****.*

Un día salió Jesús de la casa donde se hospedaba y se sentó a la orilla del mar. Se reunió en torno suyo tanta gente, que Él se vio obligado a subir a una barca, donde se sentó, mientras la gente permanecía en la orilla. Entonces Jesús les habló de muchas cosas en parábolas y les dijo:

"*Una vez salió un sembrador a sembrar y al ir arrojando la semilla, unos granos cayeron a lo marginal del camino, vinieron los pájaros y se los comieron. Otros granos cayeron en terreno pedregoso, que tenía poca tierra; ahí germinaron pronto porque la tierra no era gruesa; pero cuando subió el sol, los espinos crecieron y sofocaron las plantitas. Otros granos cayeron en tierra buena y dieron fruto: unos, ciento por uno; otros, sesenta y otros, treinta. El que tenga oídos que oiga*”.

Esta parábola del sembrador es un poco la "madre de todas las parábolas, porque habla de la escucha de la Palabra. Nos recuerda que la Palabra de Dios es una semilla que en si misma es fecunda y eficaz y Dios la esparce por todos lados con generosidad sin importar el desperdicio. Así es el corazón de Dios.

*Cuando uno oye la palabra del Reino y no la llega a entender viene el malo y arrebata lo que fue sembrado en su corazón*...

Creo que todas tenemos oídos para entender que es lo que el Señor nos quiere decir con esta parábola, pero no son suficientes los oídos, hay que oír también con el corazón y poder hacer un examen de conciencia. ¿Estamos dando fruto? Es verdad que hay quien da el 100 por ciento, los Santos dan el 101, otros estarán en el cielo después de un tiempo más o menos largo en el purgatorio, pero han dado fruto tal vez 60, otros han dado poco fruto, pero han dado fruto tal vez el 30. El problema es quiénes no han dado nada de fruto. ¿Quién es el que no ha dado fruto? Quizá no sea el que no puede darlo, las semillas no tienen culpa de haber caído entre zarzas o al borde del camino o entre piedras, las semillas no tienen la culpa. Hay personas que no dan fruto y nosotros no podemos juzgar porque no sabemos cuál es su historia, ¿cuáles son las zarzas que desde niños les impidieron crecer, en que familia nacieron y crecieron, como fueron sus padres? Dios, sí que lo sabe por eso hay que dejarle a Dios el juicio. Pero otras semillas caen en tierra buena, dentro de la tierra buena seguro hay una muchísimo mejor que otra, donde hay más nutrientes o más agua y aun así toda es tierra buena y quizá eso influya en quien da el 30 o da 100. Dejemos al Señor que juzgue. Lo que nos interesa es saber si estamos dando el fruto que podemos dar, no el que está dando el vecino sino el fruto que yo puedo dar.

Todos somos diferentes y Jesús no nos dice que el que produce 30 es peor que el que produce 60 o 100. Nosotras somos tierra buena y necesitamos para dar mejores frutos cuidar la germinación de la semilla, de la palabra. Cuando vayamos a misa o nos acerquemos a la palabra debemos ir como tierra que quiere ser sembrada por Dios.

Meditando en las primeras páginas del Apocalipsis en el mensaje de Juan a las 7 iglesias de Asia, en el mensaje a la Iglesia de Laodicea, (una ciudad próxima a Colosas, muy rica y floreciente) les dice "*no eres frío ni caliente y a los tibios los vomito*". (Ap 3,16). Los vicios de la sociedad se han apoderado en buena parte de la comunidad allí establecida y por lo tanto el juicio del Señor es duro y amenazador.

Este mensaje debemos tenerlo siempre presente, “*no eres frío ni caliente, eres tibio*”. No se trata de que no hayas tenido una buena familia, una buena educación, unos buenos sacerdotes que te guíen, todo esto son circunstancias que seguramente Dios tiene en cuenta y que son atenuantes ante la falta de fruto, Dios sabrá. Pero no se trata de eso, has tenido una buena familia, has tenido muchas oportunidades, has conocido buenos sacerdotes, incluso tienes una vida moderadamente digna, quizá no seas el más rico del universo, pero vives con cierta comodidad, vives bien; te has formado en los grupos Pio XII, ¿qué frutos estás dando? Tenemos que hacer todas un examen de conciencia sobre esto.

El sembrador es Jesucristo, la semilla es la palabra de Dios y la tierra somos los oyentes.

Hay 4 tipos de tierra:

Tierra dura: llega el mensaje y no penetra en mi corazón por lo tanto no puede dar fruto y no se cumple el fin. Si la recibimos con corazón duro, no penetra.

Tierra pedregosa: germina, pero no tiene profundidad, no puede echar raíces y se seca. Muchos pueden recibir la palabra, tienen disposición, pero cuando la palabra quiere penetrar, transformar, ya no puede echar raíz y es cuando decimos: son llamaradas de petate.

Cayeron entre abrojos y espinas, crecieron las espinas y las ahogaron. Nos cae la palabra y la podemos recibir con mucho amor y entusiasmo. Esa palabra va a empezar a crecer pero hay que tener cuidado porque hay otras cosas que también crecen que son las espinas: malas influencias, tentaciones, vicios, etc. Y la palabra de Dios tiene el riesgo de que las otras cosas crezcan más rápido y la opaquen. El mundo te absorbe.

Tierra buena. Dieron el 30, el 60, el 100 por ciento. Todos son buenos, están produciendo. ¿Cuanto? Depende de tus capacidades y del corazón que le pongas.

Leamos las 7 cartas a la Iglesia de Asia y especialmente la de la Iglesia de Loadicea, "*no eres frío ni caliente y a los tibios los vomito*", ¿qué frutos estás dando en todos los aspectos?, ¿estoy dando el fruto de caridad que puedo dar?, no el que no puedo, el que puedo; ¿estoy rezando lo que puedo rezar?, no eres una monja de clausura y nadie te pide que pases muchas horas ante el sagrario. Pero… ¿rezas lo que debes? ¿Estás trabajando la caridad, la oración, la paciencia, la humildad, todas las virtudes? o más bien no soy malo, pero no soy bueno y ni siquiera quiero ser tan bueno, ¿estoy estancando en una mediocridad de la que no quiero salir? “¡*A los tibios los vomito*!” Si doy 30 de fruto porque no puedo dar más, el Señor lo tendrá en cuenta pero si damos 20 o 10 o nada pudiendo dar más el Señor también lo tendrá en cuenta.

No lo olvidemos cada una de nosotras es un terreno sobre el que cae la semilla de la Palabra. La Palabra ha sido dada a cada una de nosotras. Si queremos, podemos convertirnos en terreno bueno, labrado y cultivado con cuidado, para hacer madurar la semilla de la Palabra que está ya presente en nuestro corazón, pero hacerla fructificar depende de nosotros, depende de la acogida que le queramos dar.

Recordar y trabajar:

Jesús sembró las semillas del Reino de Dios hace 2000 años: ¿qué frutos estás dando? ¿Qué tipo de tierra eres para acoger su buena nueva?